

Importancia de la etapa del precatecumenado en el proceso catecumenal I

Joan Amich i Raurich

Vicario episcopal y delegado del Catecumenado de Girona

Introducción. La experiencia que estamos teniendo en el catecumenado de adultos en la diócesis de Girona

Yo pertenezco a la diócesis de Girona, que es una diócesis mediana. Actualmente, cuenta con novecientos mil habitantes y es una diócesis muy marcada por los hechos del día, como destino turístico y también por la proximidad de Francia. Esto marca nuestra pastoral, nos influye mucho el catecumenado francés es para nosotros un ejemplo, pues ya llevan más de setenta años en este camino.

Como diócesis nosotros llevamos unos veinte años caminando en el catecumenado, en total dos episcopados y subrayaría la importancia de que los dos obispos que han pilotado este proyecto han estado muy implicados. La media de catecúmenos es de veinte años. Las peticiones que nos llegan de adultos que quieren recibir el bautismo son alrededor de treinta al año y, de todos estos, concluyen la iniciación cristiana una media de veinte al año. También contamos anualmente con unos setenta adultos que no han finalizado su iniciación cristiana y piden la confirmación. Se realiza una única celebración de confirmación de adultos en Pentecostés.

La organización que tenemos es de ámbito diocesano, aunque la catequesis del catecumenado se hace en grupos de las parroquias, ya que hay mucha parroquia rural. En cambio, las celebraciones son siempre

de carácter diocesano y siempre presididas por el obispo y se concluye el proceso con la recepción de los sacramentos en una celebración conjunta en la catedral en Pascua.

De todo lo anterior me gustaría subrayar dos aspectos: miramos nuestra experiencia con mucha humildad, es decir, con conciencia de que no todo lo hacemos bien y tenemos mucho en lo que mejorar en nuestra configuración del catecumenado. Y en segundo lugar tenemos perspectiva de futuro. El catecumenado no es solo una anécdota de nuestras tareas pastorales, sino una opción cargada de futuro.

Se ha constatado el descenso del número de bautismos de niños y, por tanto, tenemos que tener la esperanza de que el catecumenado de adultos con el paso de los años vaya adquiriendo más fuerza de la que ahora tiene.

1. Dos observaciones sobre el proceso de la iniciación cristiana de adultos

A continuación me voy a limitar al catecumenado de adultos, no voy a hablar ahora del de niños. Vamos a repetir algunas ideas básicas para consolidar nuestra función como delegados.

Las peticiones de los catecúmenos no llegan directamente a la delegación de Catecumenado, sino que van a las parroquias y la acogida en ellas puede ser buena o no. Así que debemos saber aconsejar bien a los que realmente reciben a los catecúmenos.

Los sacerdotes, cuando reciben por primera vez a un catecúmeno, no saben muy bien qué tiene que hacer o decir y esta inseguridad hace que a veces esa acogida no sea como debiera ser.

Afirma don José Rico: «Una persona, un itinerario». Ciertamente cada persona que nos llega debe ser única. Cada acogida debe ser única. Cada proceso precatecumenal es también único. No es bueno de antemano señalar demasiadas temporizaciones, cada uno tiene su ritmo. Esto es en general propio del proceso de la iniciación cristiana.

El RICA nos dice en el n. 4 que hay etapas y que el catecúmeno debe avanzar atravesando puertas, por así decirlo, o subiendo escalones y se debe acomodar al camino espiritual de los adultos. En el número 5 de las orientaciones del RICA se nos recuerda esta variedad, acomodación que debemos hacer en cada caso.

En *Evangelii gaudium* el papa Francisco, a partir del número 200, hablando de la sociedad y también refiriéndose al proceso de evangelización, indica que el tiempo es superior al espacio, y cuando él intenta expresar este principio, esta idea, nos habla de trabajar a largo plazo. Por lo tanto, en el catecumenado hay siempre esta visión de que hay que trabajar a largo plazo en el proceso de la persona. *Evangelii gaudium* continúa diciendo que es necesario iniciar procesos antes de ocupar espacios, tener presente el horizonte, asumir los procesos posibles y el camino largo.

El proceso del catecumenado es un camino largo. Y nosotros que somos delegados sabemos que a veces no se comprende por parte de los responsables de las parroquias. La duda viene de por qué a los adultos les exigimos tanto cuando a los niños se los bautiza rápidamente. Y por mucho tiempo que llevemos trabajando cuesta integrar esta mentalidad en la mentalidad pastoral de todos.

La mentalidad que prevalece ahora mismo es la de pensar que una persona solo por ir a misa ya está preparada para recibir los sacramentos de iniciación cristiana y la sensación de querer prescindir del proceso. Por supuesto, hay que hacer lo que se pueda. Debemos comunicar la idea del papa de asumir los procesos posibles, pero por el camino largo.

Otra idea extraída de *Evangelii gaudium* que se puede aplicar a este proceso de la iniciación cristiana es cuando el papa habla de que la realidad es más importante que la idea. Es decir, la realidad del catecúmeno es la que auténticamente debe guiar el proceso. Por eso, cuando hablemos del precatecumenado hablaremos de acogida, de diálogo, y de intentar dar razones por las que esta persona se acerca a la Iglesia.

2. Los datos sobre el precatecumenado en el RICA

El precatecumenado es un primer grado, etapa o escalón donde el simpatizante, el que se acerca, se enfrenta con el problema de la conversión y quiere hacerse cristiano. Es una etapa de gran importancia y no se debe omitir, según vemos en el RICA. Es el momento donde se van configurando las razones, el catecúmeno empieza a formular aquello que pide. Nosotros tenemos vocabularios adquiridos, pero una persona que es totalmente «extranjera» al mundo eclesial, a nuestro lenguaje, no sabe expresar en muchas ocasiones aquello que pide. Y en el precatecumenado va adquiriendo este lenguaje para expresar aquello que quiere. Por eso, el número 7 del RICA habla de que en esta etapa se requiere un poco de esfuerzo, el simpatizante tiene que trabajar en su interior esta demanda. Y por parte de la Iglesia, nosotros nos enfocamos a la evangelización o, más concretamente, sería la preevangelización.

Es una etapa caracterizada por la primera evangelización. Se anuncia abiertamente y con decisión al Dios vivo y a Jesucristo a fin de que los no cristianos crean, se conviertan libremente al Señor y se unan con sinceridad a él. El primer escalón que reciben los catecúmenos es Dios mismo, el tema de Dios. Algunos de los que vienen están muy marcados por la figura de Jesucristo. Con la evangelización llevada a cabo con el auxilio de Dios brotan la fe y la conversión inicial. Ahí se marca un punto importante: el precatecumenado terminará con el rito de entrada y la pregunta fundamental que hacemos en este rito es: «¿Qué pides a la Iglesia de Dios?». El catecúmeno pide la fe plena.

La fe del catecúmeno es una fe inicial, se trata de una conversión inicial. Por lo tanto, no tenemos que tener como objetivo al término de esta etapa la de conseguir un cristiano perfecto. Él es un cristiano «de deseo», es decir, tiene el deseo de ser cristiano. De la evangelización brotan la fe y la conversión inicial, como decíamos, por las que cada uno se siente arrancado del pecado e inclinado al misterio del amor divino, para que madure la verdadera voluntad de seguir a Cristo y de pedir el bautismo. Se trata un tiempo de maduración de esa conversión o fe inicial.

El RICA insiste mucho en un proceso que se va realizando en el tiempo. En el número 11 vemos que insiste en la temporalidad. En primer lugar, se trata de un tiempo de exploración del Evangelio adecuada a los candidatos, de precatequisis.

En segundo lugar, es un tiempo para prestarles ayuda especial para que con pureza de intención cooperen con la gracia, es decir, un tiempo de construcción espiritual, de descubrir que aquello que han sentido no es tan solo fruto de su decisión personal, de sus ganas, de sus intereses, sino fruto de la gracia de un Dios que los ama, un Dios que los ha llevado a llamar a las puertas de la Iglesia.

Por último, es también un tiempo para adquirir también un método, cuyo objetivo es que resulten cada vez más fáciles las reuniones con los cristianos. Se habla en plural, no reuniones con un cristiano, no con un sacerdote, sino reuniones con la comunidad.

Es un tiempo que consideramos muy importante, sin embargo, a veces no sabemos bien qué debemos hacer. Surgen dudas sobre si este tiempo ha de ser largo o ha de ser breve, cómo debemos organizarlo... En esta intervención intentaremos desgranarlo desde su finalidad.

El precatecumenado nos conduce al rito de entrada en el catecumenado. Parece que el objetivo es que haya una participación activa y fructuosa que los simpatizantes, que al final se convertirán en catecúmenos, puedan responder conscientemente a los que se les preguntará y comprendan básicamente los signos que en ellos se realizarán. El objetivo del preatecumenado es, por tanto, estructurar y fortalecer la conversión inicial.

3. Reflexión en torno a los datos sobre el precatecumenado

3.1. EL ACERCAMIENTO NO ES CASUAL

Cuando se acerca un catecúmeno a la puerta de una parroquia y dice: «Yo quiero ser cristiano», lo primero que pienso es: «¿Desde hace cuánto

tiempo esta persona se lo estará planteando? ¿Cómo habrá planteado en su interior qué va a ser recibida?». Pongámonos por un momento en su lugar, porque esta situación de algún modo nosotros también la hemos vivido. Hemos ido al seminario y hemos dicho: «Yo querría ser cura». Teníamos estos pensamientos: «¿Cómo me van a acoger? ¿Qué me van a decir? ¿Qué me van a ofrecer?».

Ahora bien, la formulación de esta demanda no es algo casual. Nosotros sabemos no solo por conocimiento sino también por fe que no tenemos un Dios mudo, sino un Dios que habla. Nuestro Dios no para de lanzar su propuesta a lo largo de la historia a todas las personas. Así que esta persona que se acerca a la parroquia, a un cristiano, a un sacerdote, no se acerca tan solo con una voluntad de adscripción a un colectivo, como si viniera para hacerse socio. Esta persona viene movida por Dios, llamada por Dios. Esta es la primera convicción que debemos tener. Esa es la impresión misteriosa que tenemos delante de un catecúmeno.

La formulación de la demanda por lo que comentaba antes de que no tienen el vocabulario que nosotros tenemos, es más bien a través de expresiones muy simples y muy poco elaboradas: «Quiero ser bautizado», «A mí no me bautizaron de niño», o incluso algunos dicen: «Me falta algo». Otros también dicen: «Lo necesito para...» a los cuales también acogemos. Otros, en cambio, formulan algo más elaborado: «Quiero ser cristiano».

Me impresiona mucho el caso de una catecúmena que va a ser bautizada esta Pascua en nuestra catedral. Es una chica de veinticinco años de origen musulmán que el primer contacto que tuvo con la Iglesia de niña cuando llegó a nuestro país fue a través del servicio de orientación educativa de Cáritas. Iba a refuerzo escolar a Cáritas. La impresionaba que en el local de Cáritas donde iba a clase había un póster de Cristo vivo y la chica pensaba cuando tenía doce años: «¡Qué guapo es!». Esta chica hizo una ruptura importante con su religión musulmana y con su familia. Estudió la carrera de Psicología y al terminar la carrera inició un proceso de búsqueda espiritual y se fue a la India para encontrar un poco el sentido de su vida. Allí encontró un gurú y este gurú le dijo:

«Pero ¿qué vienes a buscar aquí si vosotros los occidentales tenéis el mejor sentido que podéis dar a vuestra vida con la persona de Jesucristo?». Y la chica decía: «He ido a la India para volverme a casa». Regresó a Girona y se puso en contacto con su parroquia: «Me han dicho que voy a encontrar el sentido de mi vida en Jesucristo». Ha hecho un gran catecumenado esta chica y un catecumenado feliz con toda la ruptura que supone con su mundo cultural, con su mundo familiar.

La formulación de la demanda es siempre imprevisible, pero nunca es una casualidad. Dios habla a través de las realidades concretas que uno vive. Esta gente que se acerca es de perfiles diversos, básicamente son jóvenes adultos y últimamente constatamos que son más hombres que mujeres, aunque también alguna persona madura.

Ahora recuerdo un catecúmeno inglés de setenta y pico años que vino, piloto de British Airways, y se fue a vivir a la Costa Brava después de la jubilación. Era un hombre que había sido muy herido en su vida y yo le pregunté: «¿Por qué quieres hacerte cristiano ahora?». Y me respondió: «Porque quiero aprender a perdonar».

Cada caso es diferente, con variedad de orígenes, de profesiones, de procesos vitales. Todos, cuando vienen, hacen referencia a un hecho vivido, un encuentro con una persona, una lectura o experiencia vital, un proceso, un compañero. Siempre hay algo que hace que se pongan en movimiento y se acerquen al cristianismo. Muchos de ellos son hijos de padres que los dejaron escoger preocupados por un respeto a la libertad de sus hijos, otros pertenecen a familias cuya fe es opuesta a la fe cristiana o con algún conflicto con personas que representan a la Iglesia. A menudo viven en un mundo en el que la Iglesia tiene poca presencia. Muchos de ellos han vivido en mundos donde no hay ninguna presencia de la Iglesia, lo ignoran todo del cristianismo. También hay otros que sí tienen experiencia. Muchos están en ese estado de búsqueda de referentes para sus vidas, buscaban experiencias en otros ámbitos religiosos o esotéricos. Algunos han leído mucho, otros se han procurado una Biblia, desean ser guiados en su proceso. Y otro fenómeno bastante nuevo, pero ya habitual, es que a través de internet y de redes sociales se han hecho un lío de informaciones.

Cuando vienen llegan con dos actitudes. Por un lado, con una cierta reticencia, y por otro, con impaciencia. La reticencia que tienen es que para ellos la Iglesia es algo muy lejano. La mayoría no han hablado nunca con un sacerdote, conocen a pocos cristianos y a veces tardan mucho tiempo en descubrir adónde hay que ir. Siempre tienen la pregunta: «¿Qué me voy a encontrar? ¿Qué me voy a encontrar?». Temen que nosotros los integremos en un «engranaje» que ellos mismos no podrán controlar.

Debemos tener en cuenta la imagen social que la Iglesia tiene actualmente en nuestro país. La Iglesia para esta generación es algo de otra época, alejado de la realidad, pero a pesar de ello se acercan a la Iglesia.

Al mismo tiempo tienen una cierta impaciencia. La primera impaciencia: la prisa. Algunos tienen la concepción de que es un momento y basta. Tienen la imagen del bautismo en los niños y creen que es: «Me apunto, me bautizan y ya está». Con algunos de ellos es difícil que entiendan que requiere un proceso. De ahí la diferencia entre los que empiezan el proceso y los que lo terminan, porque les sobrevienen las prisas. Eso se agudiza cuando están marcados por una fecha de un matrimonio o por ser padrinos de bautizo.

Con el tema del matrimonio, en nuestra diócesis, en consenso con los obispos, siempre actuamos del mismo modo: que se casen y una vez casados que empiecen el catecumenado. Algunos piensan que no volverán y vuelven. Entienden que hemos hecho un planteamiento serio. Aunque se casen, se les trasmite la idea de que el bautismo no es un simple hecho burocrático. Se les dice: «Puedes casarte y luego vienes. Vamos a hacer un proceso para ser cristianos».

A veces esta prisa y esta incompreensión tristemente se contagia a los mismos agentes pastorales, a nosotros mismos. Hay sacerdotes que no lo entienden. «Es que lleva mucho tiempo viniendo a misa», «Es que con los niños no actuamos de este modo», «Es que se irán», «No se bautizarán», «No continuarán» o «Es que yo no tengo la infraestructura para hacer este proceso».

Es importante darnos tiempo para descubrir la relevancia y la necesidad de la demanda. No nos piden la celebración de una ceremonia, nos piden algo más. Además, el tiempo es necesario para nosotros para mantener esta actitud espiritual, tomarnos tiempo para contemplar el paso de Dios por la vida de esa persona. Se requiere de una actitud de silencio, de interiorización por parte nuestra y por parte de los catequistas. Dios ha tocado a esa persona, ha encontrado su camino para llegar a esa persona. Nuestra mirada no puede ser nunca una mirada burocrática, debe ser una mirada de fe.

Con el tiempo también nos daremos cuenta de ante quién estamos. Si es alguien que necesita un primer anuncio o si lo que conviene a esta persona es un segundo primer anuncio. En nuestro país estamos bastante en esta línea del segundo primer anuncio, ya que es difícil encontrar a personas que no tengan ya una cierta imagen del cristianismo y de la Iglesia. Solo tenemos que pensar en nuestras procesiones, en nuestras Semanas Santas, es imposible que alguien ante este fenómeno no tenga una imagen de fe, unas ideas sobre el cristianismo. A veces este segundo primer anuncio consiste en aclarar las ideas y en centrarse en lo que es realmente importante.

3.2. LA ACOGIDA ES UNA ACTITUD QUE NOS TRANSFORMA

La acogida nos compete a nosotros, no solo a los delegados, sino básicamente a la parroquia. Nosotros debemos ayudar a que las parroquias vayan activando este dispositivo de acogida. La acogida a un catecúmeno debe sentirse como si se lo esperase desde hace tiempo a él o a ella en concreto. Eso excluye la distancia, excluye la burocratización, excluye el «Ya le llamaremos».

El primer encuentro debe ser amistoso y fraternal. Es decir, estamos ante un hermano. Debe ayudarnos a contextualizarnos, ver quién es esa persona, qué nos está pidiendo. Acoger debería ser en primer lugar practicar una escucha auténtica, no limitarse a ser amable. Debemos evitar el discurso moralizante que tantas veces somos capaces de activar. Tampoco debemos mostrar actitudes de protección. Es mejor que ellos

puedan expresarse, que puedan decir qué esperan, qué les da miedo, qué desean, cuál ha sido su vida, que nos cuenten cómo han llegado aquí, pero siempre como si nosotros ya lo estuviésemos esperando.

Por nuestra parte, debemos abrirnos a lo imprevisto y aceptar una cierta indefensión. Esta palabra es clave: indefensión. El catecúmeno o la catecúmena que llega nos desnuda, porque estamos ante una persona que es única en su historia y en el modo en el que se plantea la cuestión de la fe. Aquí sí que es importante lo que comentábamos al principio, la realidad es superior a la idea. La realidad de la persona es superior a lo que nosotros podamos prever. Estas expresiones que utilizan pueden sorprendernos para bien o para mal. Esto requiere de un poco de tablas, porque alguien sin experiencia puede sentirse muy apurado. Es importante que en las diócesis vayamos formando a sacerdotes y acompañantes.

Es importante también descentrarnos de nosotros mismos para comprender otro lenguaje, otra cultura. Nos tenemos que mover y adaptar a las personas: a sus horarios, a sus lugares. Si la persona trabaja nos intentamos adaptar a su disponibilidad. También es necesaria una adaptación cultural, comprender el lenguaje de alguien que no cuenta con el vocabulario para expresarse, para comprender qué me está diciendo esta persona a través de sus palabras. Debemos respetar y, sobre todo, retener la forma que tiene para expresar su fe incipiente. Retener es importante, porque el momento de la acogida será el punto de partida de todo el trabajo del precathecumenado. No podemos hacer el precathecumenado a partir de un proyecto temático que nosotros construyamos sino a partir de la realidad persona. Por lo tanto, es necesario retener lo que nos está diciendo.

¿Qué temario tiene el proceso de precathecumenado? Es el que nos da la persona en la acogida. El temario será iluminar con la Palabra de Dios la experiencia que esta persona está haciendo hasta llegar a pedir la fe.

También es importante buscar y discernir en el tiempo la propuesta más adecuada. Es decir, respetar la originalidad de la demanda. Será

necesario dedicar tiempo al discernimiento y no responder de forma inmediata.

La llegada de catecúmenos hace reconsiderar el orden de prioridades de una comunidad. Cada petición nos hace replantear las cosas. Es una experiencia que los acompañantes de los catecúmenos lo sabemos, al hablar con ellos dicen cosas como: «Este año y medio de acompañamiento me ha cambiado, me ha transformado en mi forma de creer, de entender la fe, de vivir en la Iglesia...». Cada catecúmeno es un signo del cielo que dice en cada una de nuestras comunidades: «¡Muévetel!».

Cada petición al mismo tiempo pone en cuestión nuestro dispositivo de acogida, los instrumentos, los grupos que tenemos preparados para conducir e integrar estas demandas que llegan a nuestras parroquias, sabiendo que no todas las parroquias pueden tener de todo, por eso hay que estructurar todo esto.

El Catecumenado de Lion tiene un pequeño librito para los acompañantes *Acompañar a los catecúmenos*, al final hay un pequeño cuestionario para evaluar cómo se ha acogido al interesado. ¿Hemos comunicado un saber? ¿Hemos intentado complacerlo? ¿Hemos banalizado la demanda? ¿Hemos culpabilizado? ¿Hemos contagiado nuestras dudas? ¿Hemos dado una respuesta evasiva? ¿Hemos subrayado tan solo las dificultades, el tiempo, el esfuerzo...? ¿Hemos personalizado demasiado sin tener en cuenta a la comunidad? ¿Nos hemos fijado demasiado en las motivaciones en vez de en lo que espera realmente la persona?

Importancia de la etapa del precatecumenado en el proceso catecumenal II

Joan Amich i Raurich

Vicario episcopal y delegado del Catecumenado de Girona

Resumiendo el itinerario que hemos hecho, habíamos reflexionado sobre los datos del Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos que nos ofrecía de la etapa del precatecumenado. Principalmente insistíamos en la dimensión temporal. No es un momento, es un tiempo que puede ser más largo o más breve, pero que sirve para motivar todo el camino catecumenal que se va a iniciar a partir del rito de entrada en el catecumenado. Hemos hablado del acercamiento, de la acogida y hoy nos vamos a situar a partir del diálogo.

3.3. EL DIÁLOGO, NO EL MONÓLOGO, ES UN ARTE

Con respecto a las dudas que surgieron ayer tras la ponencia, vamos a tomarnos unos momentos para precisar algunas cosas.

En primer lugar, el primer encuentro que tenemos con aquellos que se acercan no debe parecer por parte nuestra como un interrogatorio. Debería ser un encuentro acogedor. No hay necesidad de ver qué situación vive esa persona, qué posee, qué no posee. Todo eso se irá trabajando en encuentros sucesivos. Este diálogo es el espíritu, el tono que debe tener no solo la etapa del precatecumenado sino toda la etapa del catecumenado mismo.

Este diálogo se inspira, como nos dice el *Directorio para la catequesis*, en el diálogo de la salvación. Ese Dios que ha entrado en el diálogo con la humanidad y que ha entrado también en diálogo con cada persona

concreta a lo largo de la historia. Para entenderlo mejor me gusta reparar algunos números de la gran encíclica sobre el diálogo de Pablo VI, *Ecclesiam suam*. Debemos tener en cuenta que este diálogo siempre es abierto espontáneamente por iniciativa divina. Es decir, es Dios quien en primer lugar se acerca a cada persona y, por tanto, nosotros debemos tener esa actitud contemplativa que ayer señalábamos sobre la presencia de Dios.

En segundo lugar, dice Pablo VI, es un diálogo que nace de la caridad, de la bondad divina. Es Dios quien por amor se dirige al corazón de esta persona. Es un diálogo que no se limita a los méritos de aquellos a quienes se ha dirigido ni tampoco a los resultados. Es un diálogo gratuito. En el precatecumenado, esta actitud de gratuidad es de gran importancia.

Se trata de un diálogo también que no obliga a nadie a acogerlo, es simplemente un requerimiento de amor. Siempre existe la posibilidad de acogerlo o de rechazarlo. Este diálogo se hizo posible a todos: el diálogo de la salvación. Dios se dirige a todas las personas y, por tanto, nosotros tenemos que acoger a todas las personas según sus posibilidades y sus capacidades.

Finalmente, el papa dice que normalmente ese diálogo ha procedido por grados de desarrollo progresivo. Recordamos, por tanto, esa temporalidad, las etapas que debemos ofrecer siempre en el trabajo catecumenal. No tenemos un resultado inmediato, sino un resultado que se va realizando a través del tiempo. No solamente hasta el momento de celebración del rito del sacramento de iniciación cristiana. A veces tendemos a pensar como si quien vaya a ser bautizado tiene que poseer ya todas las cualidades de la perfección cristiana y olvidando que todos los cristianos somos personas en camino. Es decir, a veces tenemos que buscar el bien posible, no el bien absoluto. El bien absoluto lo vamos adquiriendo con el tiempo. En definitiva, esta es también nuestra experiencia como cristianos.

Pablo VI señala también que este diálogo de la salvación tiene que tener cuatro cualidades. La primera cualidad es la claridad. Es decir,

en nuestro trabajo con los catecúmenos, con los simpatizantes, debe haber una claridad por parte de ellos, pero también por nuestra parte. Esto quiere decir formular la propuesta cristiana con toda claridad.

Segunda característica, la afabilidad. Cristo nos exhortó a aprender de él: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón». Ese diálogo nunca es orgulloso, es un diálogo humilde con las personas que tenemos delante.

En tercer lugar, es un diálogo que se inspira en la confianza tanto en nuestra palabra, en lo que ofrecemos, como también en la disposición del corazón de aquellos a quienes nos dirigimos, a los precatecúmenos.

Y cuarto, este diálogo tiene que contar con una prudencia pedagógica que tiene muy en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que oye. Si es un niño, si es una persona adulta, si es desconfiada, hostil, o bien si está dispuesta. Así que hay que adaptarse razonablemente y modificar las formas de la propia presentación para no ser molesto e incomprensible. Yo creo que son unas actitudes que nos marcan el clima en el cual el trabajo del precatecumenado debe realizarse durante esta primera etapa.

En cuanto al diálogo, el *Directorio para la catequesis* en el número 262 habla de que los adultos no deben ser destinatarios sino protagonistas del trabajo catequético junto con los catequistas. Protagonistas quiere decir que de algún modo el temario es su vida; debemos partir de su vida, de sus situaciones.

Es también importante que en esta etapa del precatecumenado el ambiente de acogida y de diálogo no se reduzca tan solo a una persona, a un catequista, a un sacerdote, a un pequeño grupo, sino que se abra a la vida comunitaria. La comunidad tiene un papel importante desde la acogida. No está previsto en nuestro ritual, pero en algunas parroquias es práctica habitual, así como en los rituales de otras Conferencias Episcopales, que antes del rito de ingreso en el catecumenado haya una presentación a la comunidad de aquellos que se están preparando para dar este paso.

Un segundo elemento importante son los encuentros que los responsables tengan para preparar, para analizar, para valorar el camino de los catecúmenos.

No todas las parroquias tienen un grupo grande de catecúmenos, generalmente cuentan con uno o dos catecúmenos. No estamos en una situación como la de Francia, por ejemplo, que tienen anualmente diez mil catecúmenos. Así que corre el peligro de quedarse demasiado reducido, muy personalizado, muy encerrado... A nivel diocesano sí que es interesante que una vez al mes haya encuentros para el seguimiento: encuentros de acompañantes o de párrocos.

Desde la experiencia de mi diócesis en este momento es una asignatura pendiente, pero tenemos interés en ponerlo en práctica porque si no los acompañantes y los párrocos se van quedando muy solos en el trabajo catecumenal. Ese trabajo es de valoración de las iniciativas, de las propuestas, de los procesos de los catecúmenos que están haciendo.

3.4. UNA PRECATEQUESIS QUE ES IMPRESCINDIBLE

A continuación, hablaremos del tema de la precatequesis. Hay un peligro en esta etapa, que sería pensar que en esta etapa no tiene que haber contenidos. Pero siempre, en todo trabajo catequético y catecumenal, tiene que haber espacio para los contenidos y un ritmo adecuado, una presentación sucinta de lo que es la fe cristiana. Esto es ya una precatequesis, no el momento de una gran catequesis. El peligro del preatecumenado es quemar etapas, intentar darlo todo sin respetar los procesos.

A partir de la entrada en el catecumenado comenzará un proceso largo, ya habrá un tiempo para una catequesis para tratar el misterio de la fe. En definitiva, se trata de llegar al rito de entrada del catecumenado sabiendo qué responder a estas personas.

Hay dos preguntas que hace el obispo o quien preside al iniciar la celebración, y son: «¿Qué pides a la Iglesia?». La fe. «¿Qué te da la fe?». La vida eterna. Así que el contenido que esta precatequesis debe ofrecer

es dar razón de estos dos conceptos: fe y vida eterna. Por un lado, el camino que cada uno de nosotros recibe de Dios en esta vida a través de la fe y, por otro, la apertura al futuro que Dios nos da por la vida eterna. No es tan solo ser cristiano una forma de estar en este mundo, sino que es además una perspectiva de comunión con Dios más allá de este mundo.

En este sentido escatológico, en las catequesis de los primeros tiempos tanto de la etapa apostólica como la de los padres apologetas, esta dimensión es muy importante. La fe cristiana no es tan solo una forma de vivir en este mundo, sino que es una perspectiva, una esperanza que nos lleva más allá de este mundo.

En la etapa apostólica hay un elemento que ilumina nuestro camino en la actualidad. La gente que se acerca en su mayoría nos habla de Dios, muy pocos nos hablan de Jesucristo, es más el concepto de la divinidad. Este es un primer planteamiento que tuvieron las primeras comunidades cristianas. Ellas formulan un tipo de discurso dependiendo de si los oyentes son de judíos o paganos. Si son judíos, son gente que ya cree en el Dios de Israel, se referían a Jesucristo como Mesías desde el primer momento. En cambio, ante los paganos que viven el politeísmo, las divinidades, el primer anuncio es el anuncio del monoteísmo. Es decir, que existe un solo Dios y que este Dios ha llegado a nosotros en la persona del Hijo, en la persona de Jesucristo.

Es una idea interesante que nos da la tradición, es darnos cuenta de que no hay un único modo de presentar el kerigma, el primer anuncio. En el Nuevo Testamento tenemos diversas modalidades de primer anuncio siempre con esta capacidad de adaptación al destinatario.

De los padres apologetas a veces pensamos que tan solo escribían para hacer una defensa del cristianismo ante la persecución que ellos mismos vivían, pero si leemos sus textos también vemos cómo presentaban el cristianismo a la gente de su época. A nivel de contenido presentan dos partes, que son el monoteísmo y el juicio final, de escatología. Y otra idea que añaden es la presentación de las costumbres cristianas, del modo de vivir de los cristianos.

En el precathecumenado este es un elemento importante: presentar cómo viven los cristianos a través del ejemplo de la comunidad cristiana. Por eso es bueno que desde el primer momento exista esta participación, esa integración en la comunidad cristiana y se presente qué hacemos los cristianos.

Atenágoras escribía: «Entre nosotros vais a encontrar a muchas personas ignorantes, trabajadores manuales, espíritus simples. En palabras son incapaces de exponer la autoridad de su doctrina, pero sus acciones muestran el valor de esta doctrina». No saben explicarse en palabras, pero muestran su fe a través de sus obras buenas. Ese es un camino que en el precathecumenado debemos presentar. ¿Por qué no llevar a un precathecúmeno a ver Cáritas parroquial? ¿Qué hacemos los cristianos? Que vean la celebración, que vean un momento de oración de la comunidad, que vean que trabajamos con los niños, con los jóvenes, con los adultos, con los ancianos, que descubran dónde encajan a través de las obras de los cristianos.

Muchas pistas para esta precathequesis las encontramos también en el *Catechizandis rubidis* de san Agustín. Estos *rudibus*, estos *rudes*, son los precathecúmenos. Cuando *Deo gratias* (22: 30) viene a san Agustín para que le indique cuales son los términos y los principios con los cuales debe hablar a estas personas en otras palabras está diciendo: «¿Cómo tengo que presentar la fe cristiana a estas personas que se acercan pidiendo el catecumenado?». San Agustín, tan preciso siempre, nos da un temario incluso en este libro de los temas, de los grandes hechos, que debemos presentar a los *rudes*. Es una presentación global de la historia de la salvación.

Esta perspectiva también se contempla en el nuevo texto que está preparando la Comisión: el nuevo catecismo de adultos enfocado al catecumenado, que es una bellísima presentación de la historia de la salvación y que recogemos también en *Testigos del Señor*. Este es el gran cambio, siguiendo a san Agustín, que es presentar grandes momentos de la historia de la salvación, o, si nos queremos limitar tan solo al Evangelio, grandes encuentros de Jesús con las personas, temas como la vocación de Abrahán, la elección de los discípulos, algunas parábolo-

las, algunos versículos de los salmos... Todo con esta pedagogía: vincular la escena de la salvación con el proceso del precatecúmeno, que entienda que él se incorpora a esa historia que viene de Dios.

En esta precatequesis nos podremos hacer algunas preguntas, si debemos partir de la vida o del Evangelio. Yo diría que en esta etapa deberíamos partir de la vida del precatecúmeno para iluminarla con el Evangelio. Otra pregunta es si es preferible un diálogo personal o una catequesis en grupo. Yo creo que ahí debemos saber combinar los dos elementos, es decir, el grupo es fundamental en el trabajo catequético, pero también debemos procurar un seguimiento personal del proceso de cada uno.

3.5. UNA CONVERSIÓN QUE ES «INICIAL»

Como decíamos, toda esta etapa del precatecumenado tiene como objetivo fundamental ir fomentando esta conversión inicial. Si lo vemos en la persona concreta, esa persona llega con un interés por el Evangelio. Ha recibido una serie de testimonios, unas lecturas, unos encuentros, unas experiencias vitales... que la han llevado a tener un primer interés por el Evangelio. Al final de la etapa del precatecumenado tendríamos que conseguir lo que denominamos una conversión inicial. «Inicial» quiere decir que no es una conversión completa. Se irá fundamentando en la etapa del catecumenado. No vamos a conseguir el «cristiano pleno, perfecto».

¿Cuándo podemos decir que hay una conversión? Hay cuatro elementos:

- En primer lugar, hay *un cuestionamiento real de las estructuras y perspectivas precedentes*. Una persona se convierte cuando analiza su modo de vivir hasta este momento y siente que le falta algo, no se siente satisfecha con lo que tiene, la vida que ha llevado hasta ahora no le da la plenitud que esperaba. La conversión requiere siempre de cierta ruptura con el mundo anterior. Esa ruptura a lo mejor no es absoluta, pero hay algunos elementos del mundo en el cual ha estado que se tambalean, que no le satisfacen.

- Un segundo elemento es *la superación del vacío*. Es la voluntad de ir más allá de lo que he tenido hasta ahora. Ese «necesito más». Si la persona no consigue este *plus*, su vida no conseguirá nunca esta plenitud y caerá en el vacío. Se trata de algo muy técnico, pero a la vez muy real en la vida de los catecúmenos.
- En tercer lugar, *un enamoramiento personal*. Hay alguien, hay algo por lo que vale la pena romper con lo anterior. Se trata de alguien que va a dar sentido a todo lo que se vaya a construir a partir de ese momento. Es la respuesta a esta llamada, a una experiencia interior de Dios.
- Finalmente, hay *una decisión*. La conversión significa una decisión inicial. Hay veces que en el momento de la conversión el cambio es radical, absoluto, total, para siempre. Sin embargo, lo más general es que las conversiones sean procesales, que duren en el tiempo, que no sean inmediatas.

¿En qué momento podemos hablar de conversión inicial? Tenemos algunos datos en el RICA que nos ayudan a ver en qué momento se produce esta conversión inicial. En Catecumenado de Lion lo resumen en seis puntos:

- Podemos empezar a hablar de conversión inicial cuando alguien está activamente interesado por la persona de Jesús o por la experiencia de los cristianos.
- En segundo lugar, cuando alguien inserta en su vida un antes y un ahora en relación con Cristo. «Antes de que yo conociera a Cristo, de que yo conociera el Evangelio, de que yo me relacionara con la Iglesia, de que yo descubriera mis deseos de ser cristiano..., veía las cosas de este modo y ahora creo que debería de verlas de este otro modo». La conversión marca un antes y un ahora.
- El tercer punto, cuando alguien descubre resistencias en sí mismo ante la Palabra de Cristo e intenta superarlas. Perdona setenta veces siete y piensa que es incapaz, pero lo intenta superar. Acoger el Evangelio siempre cuenta con resistencias e intentar

acomodar tu vida, tus principios, tu pensamiento, al Evangelio. Este mecanismo es también un signo de esa conversión inicial.

Los obispos suelen tener una homilía más o menos fija para los confirmandos y recuerdo a un obispo que un día dijo a los confirmandos: «Si alguien te dice que ser cristiano es fácil, os engaña. Ser cristiano es muy exigente».

Cuando el catecúmeno o el precatecúmeno descubre que ser cristiano no es fácil, que es exigente y que ante esta exigencia puede tener la tentación de volverse atrás, pero al mismo tiempo quiere hacer una opción por Jesús. Tienen el deseo de vencer esta resistencia.

- El cuarto elemento es cuando hay alguien capaz de formular una palabra personal sobre el Evangelio y la fe. No solamente escucha, sino que a su manera puede redecirlo desde su experiencia.

Recuerdo el primer grupo que tuve de catecúmenos ya hace bastantes años. Eran cinco nigerianos y hacíamos la catequesis en francés. Ellos no sabían nada, no sabían ni que existía el nombre del Padre. En una de las primeras catequesis opté cada día por tomar una Palabra y un día trabajamos la parábola del hijo pródigo. Uno de ellos al final dijo: «A partir de ahora cuando yo piense en Dios, tengo que pensar en este padre». Él encontró la manera de decir el Evangelio a partir de lo que él había descubierto. Había hecho un esfuerzo por esta conversión inicial.

- El quinto elemento se da cuando alguien acepta compartir su fe inicial y busca comunicarse con otros cristianos. Este es un elemento difícil. Compartir su fe inicial con los compañeros de trabajo, con los vecinos, con los amigos... Además, no hace solo una aventura personal, individual, encerrada en sí mismo, sino que tiene interés en ver lo que hacen los cristianos.

Por ejemplo, en la parroquia hay una catecúmena muy catalana. Nunca en su vida había estado en una iglesia y de vez en cuando viene a la misa y viene con los catequistas y después de cada misa

hay una pregunta cada vez más esotérica. Si la Virgen María y la Virgen de Monserrat son la misma. «Sí, sí son la misma». O bien, ¿por qué doblas tú las rodillas ahí en el altar? Todo parece natural para nosotros. Sin embargo, para la gente totalmente nueva que viene a nosotros y nos pregunta: «¿Por qué haces esto?» no lo es. Es importante que lo pregunten, que tengan este interés en ver lo que hacemos los cristianos.

- Finalmente, una conversión inicial se descubre también cuando se dan cuenta de que esta conversión es el inicio de un camino que exigirá avances y evoluciones constantes. El camino por recorrer será un camino para toda la vida.

¿La conversión inicial es algo moral, es algo espiritual, tiene una dimensión eclesial? Es global. La conversión por un lado es espiritual, teológica, debe tener una implicación moral, un cambio de comportamiento, de perspectiva de actuación, pero también debe tener esa dimensión eclesial. «Eclesial» quiere decir que yo no me convierto para mí solo, sino que yo este camino lo hago con otros cristianos.

4. Conclusión: el rito de entrada en el catecumenado

La conclusión de todo este proceso del precatecumenado es el rito de entrada en el catecumenado. Según el RICA, es el rito por el que se agrega entre los catecúmenos a los que desean hacerse cristianos. Se celebra cuando, recibido el primer conocimiento del Dios vivo, tienen ya la fe inicial en Cristo salvador. Por tanto, han tenido un primer conocimiento del Dios vivo y han dado una respuesta con la fe inicial. Desde entonces se presupone que han acabado la primera evangelización, el comienzo de la conversión y de la fe, cierta idea de la Iglesia y algún contacto previo con algún sacerdote o miembro de la comunidad y hasta alguna preparación para este orden litúrgico.

Sobre la fuerza de los signos litúrgicos, la liturgia misma en el camino catecumenal, no es algo simplemente emotivo, sino más bien real.

Hay diversos momentos en este rito inicial de entrada al catecumenado. El primero es muy significativo, el de la puerta de la iglesia. Los catecúmenos están en la calle y el obispo o quien preside sale a la puerta de la iglesia y les pregunta: «¿Cómo os llamáis? ¿Qué queréis? ¿Qué pedís a la Iglesia?». «Pedimos la fe». «¿Y la fe que nos da?». «La fe nos da la vida eterna». La liturgia va a lo más esencial, es como el diálogo de Jesús con el joven rico. Cada vez que un catecúmeno responde, no da respuestas personales ni demasiado largas. La liturgia va a lo esencial: la fe y la vida eterna.

Aquí ha habido en algunos lugares intentos de que este diálogo se personalice. Cada vez que se ha intentado cambiar esto, e incluso con algunas adaptaciones de distintas conferencias episcopales, ha sido malo porque somos nosotros los que en este diálogo tenemos que decir las palabras. No vienes a pedir algo en particular, vienes a pedir la fe de la Iglesia, del cristiano, la fe que te da la vida eterna.

Después de este diálogo siguen las signaciones. El Ritual dice que se puede reducir a una, pero es interesante hacer todas las signaciones. A partir de este momento el catecúmeno que recibe el signo de la cruz tiene ya una cierta experiencia de la fe, ha sido llamado por Jesucristo misteriosamente y este rito lo pone en contacto con la realidad que lo ha estado llamando, que es el Señor. Es un rito que le revela quién lo ha llamado.

Cuando buscaba, el catecúmeno no sabía a quién buscaba y en todo caso Cristo es quien lo estaba buscando a él y es a Cristo a quien encuentra a través de este rito. La cruz es el signo exterior que ha conducido al catecúmeno a este momento y en este momento el catecúmeno encuentra a quien lo ha estado llamando.

Es una gran belleza el texto litúrgico de este rito, muy sencillo, y da fuerza también a la entrega del Evangelio al final de este rito.

Antes de terminar quería leer dos textos que resumen un poco todo lo que os he estado diciendo. Yo hice hace un tiempo un estudio sobre un libro que siempre me había llamado la atención de André Frossard,

Dios existe, yo lo encontré. Ahí él explica su conversión: «Dios estaba allí y, si me lo permiten, Dios estaba allí revelado y oculto, en una especie de embajada de luz que sin discursos y sin figuras me lo hacía comprender todo, me lo hacía amar todo. Dios estaba allí revelado y oculto».

Esta es la experiencia de la gente que se acerca. Dios se ha hecho presente en su vida, y al mismo permanece aún oculto. En el trabajo catecumenal requiere precisamente poner negro sobre blanco a ese Dios que ya está allí: «Toda la historia del cristianismo es como una cadena ininterrumpida de revelaciones personales, repetidas tantas veces como ha habido creyentes. Dios, nuestro Dios, solo sabe contar hasta uno».